

**Subjetividades disciplinadas
y
la problemática de la comprensión**

Oswaldo Damián Spoltore
15-02-2004

Subjetividades disciplinadas y la problemática de la comprensión

*“Somos contemporáneos sólo hasta donde llega nuestra comprensión.”
Hannah Arendt*

Aquí estamos: sujetos acorralados y sin comprensión, en un mundo dominado por nuevas formas de poder que legitiman solamente los relatos únicos, propios de la racionalidad instrumental –la no sustancial-. Hemos devenido, así, en degradación y caricatura, atraídos a vivir rodando en una noria, con el acicate de un imaginario de logros inalcanzables y banales que se propagan, a escalas extraordinarias, por los mundos del consumo, la imagen, el entretenimiento y el espectáculo.

Es doloroso verificar lo difícil que se hace intuir la llegada de alguna salida racional, estando como estamos en medio de una crisis de sentido, donde sólo se pondera una orientación de acciones sujetas a fines. Porque nos faltan los enormes recursos espirituales y sustantivos, para hacerle frente al descomunal avance colonizador que expulsó los antiguos mitos y relatos fundantes; espacios que fueron reemplazados por el producto de consensos económico-políticos y saberes alienantes que nos reducen, entonces, a la condición de seres ajenos de sí, desconocedores de su esencia, introyectados como fuimos de la certidumbre del sujeto sin salida.

Aquí estamos: en la jaula. Apremia zafarnos de ella y no habrá liberación alguna si nos dejamos persuadir, en nuestra desesperación, de ser destinatarios naturales de un progreso seguro y continuo. Necesitamos indagar muy adentro y afuera, con extraordinaria imaginación y coraje, para comprender nuestra contemporaneidad:

"Para Arendt, el don de un corazón comprensivo es la facultad de la imaginación. Si cada persona, en cuanto única y distinta, es extranjera en el mundo, sólo mediante la imaginación podemos acercarnos al "otro" emocional y epistemológicamente; comunicarnos, así, de tal forma que podamos verlo y comprenderlo sin parcialidad ni prejuicio. *«Sin este tipo de imaginación que, en realidad, es la comprensión no seríamos capaces de orientarnos en el mundo. Somos contemporáneos sólo hasta donde llega nuestra comprensión.»*"¹

Se trata, pues, de comprender, para orientarnos en el mundo actual y llegar a ser reales contemporáneos, una meta genuina y única antesala que permitirá reformular mitos y así producir de manera colectiva los relatos y las acciones que nos regeneren en nuevos sentidos.

De las múltiples pretensiones que motivan a las personas en su búsqueda de conocimiento, exalto la necesidad de un compromiso desinteresado de hallar y difundir verdad, algo no tan común, como tan bien lo señaló Francis Bacon, con estas palabras:

“... los hombres han entrado en un deseo de aprendizaje y conocimiento, algunas veces por una curiosidad natural y un apetito inquisitivo; otras para entretener sus mentes con variedad y placer; otras más por pompa y reputación, a veces para posibilitarles la victoria del ingenio y la contradicción; y la mayoría del tiempo por lucro y profesión; y raramente para entregar con sinceridad un registro genuino de su don de la razón para ventaja y uso de los hombres.” (Traducción del autor)²

La relación verdad-poder y la aparición de la sociedad disciplinaria

Michel Foucault en su serie de conferencias bajo el tema, “La verdad y las formas jurídicas”, propone que una historia del conocimiento, de ninguna manera es fruto directo de la naturaleza ni surge de un arreglo sobrenatural ni aun necesariamente de pasiones humanas plausibles. Por el contrario afirma:

“El conocimiento fue, por lo tanto, inventado.” “Dice Nietzsche... el conocimiento es simplemente el resultado del juego, el enfrentamiento, la confluencia, la lucha y el compromiso entre los instintos. Es precisamente debido a que los instintos chocan entre sí, se baten y llegan finalmente al término de sus batallas, que hay un compromiso y algo se produce. Este algo es el conocimiento.” “Para saber qué es, para conocerlo realmente, para aprehenderlo en su raíz, en su fabricación, debemos aproximarnos a él no como filósofos sino como políticos, debemos comprender cuáles son las relaciones de lucha y de poder”.³

Foucault analiza la historia en profundidad, rastreando en cada época las relaciones de fuerza ejercidas por distintos protagonistas y rechaza el mito platónico, que también aparece y comenta de la obra “Edipo Rey”, de Sófocles, resumido en esta frase: si se posee el saber es preciso renunciar al poder.

Interpreta así, en esa obra, en diferente sentido la relación poder-verdad, algo que resume en un diálogo entre Edipo y el pueblo que reclama: “Tú tienes el poder, debes curarnos de la peste”. A quienes Edipo responde: “Tengo gran interés en curaros de la peste, pues no sólo a vosotros afecta sino también a mí mismo, en mi soberanía y mi realeza”.⁴

Estudia el surgimiento y vigencia, desde el Siglo XVIII, de una sociedad disciplinaria y estatal, donde prácticas como el examen, la mirada y el registro de los individuos y cuerpos - propias de las instituciones médicas, carcelarias, psiquiátricas e industriales- reemplazaron a las de la indagación, aparecidas en el Siglo XII y forjadoras del espíritu renacentista, las cuales instalaron un régimen de observación, que ha normalizado saberes y sujetos.

Entre las fundamentaciones históricas Foucault pone como ejemplo de procesos de normalización a Francia e Inglaterra, y ya en una etapa avanzada de la Revolución Industrial:

“Los obreros no deben utilizar sus economías cuando les parezca, por ejemplo, para hacer una huelga o celebrar fiestas. Surge entonces la necesidad de controlar las economías del obrero y de ahí la creación, en la década de 1820 y sobre todo, a partir de los años 40 y 50, de las cajas de ahorro y las cooperativas de asistencia, etc., que permiten drenar las economías de los obreros y controlar la manera en que son utilizadas. De este modo, el tiempo del obrero, no sólo el tiempo de su día laboral sino el de su vida entera, podrá efectivamente ser utilizado de la mejor manera posible por el aparato de producción. Y es así que, a través de estas instituciones aparentemente encaminadas a brindar protección y seguridad, se establece un mecanismo por el que todo el tiempo de la existencia humana es puesto a disposición de un mercado de trabajo y de las exigencias del trabajo”.⁵

Foucault pone en labios de la prisión, para comprender la relación que tenemos con esa forma de panoptismo por excelencia, el siguiente discurso:

“He aquí lo que la sociedad es; vosotros no podéis criticarme puesto que yo hago únicamente aquello que os hacen diariamente en la fábrica, en la escuela, etc. Yo soy, pues, inocente, soy apenas una expresión de un consenso social”.⁶

Entonces, y luego de habernos aproximado a una de las problemáticas relacionadas con la verdad, nos podríamos preguntar: ¿cómo se conoce, desde una subjetividad normalizada, si fuimos ligados desde siempre a aparatos institucionales, como la prisión, el hospital, la escuela, la fábrica, que nos secuestran para corregirnos, estudiarnos, con el objetivo de adaptarnos y readaptarnos las veces que sea necesario, como si fuéramos objetos que deben rendir un uso a plenitud, lo que significa controlar la casi totalidad de nuestro tiempo y hacernos partícipes hipnotizados de un consenso acerca de cosas que repudiamos?

Por otra parte, y más allá de todo: ¿qué tipo de relación de fuerzas podrá subvertir estas formas del saber de examen, control y secuestro que nos rodean, para luego iniciar una época al menos más floreciente en el devenir de las sociedades humanas?

No son preguntas de respuestas fáciles, y menos para hombres y mujeres adormecidos por la pereza y la falta de convicción en el poder esencial que cada uno posee, aunque sea de manera potencial. Casualmente, diferentes mecanismos ejercidos hasta el hartazgo por los agentes de dominación, como la difusión pública de signos, símbolos y propaganda especialmente diseñados para minimizar la auto-evaluación del sujeto, en su perspectiva con el poder, han logrado, al fin, lo que se dio en llamar, “su insectificación”.

La Argentina y su sociedad normalizada

Pasemos a otro tipo de relaciones de lucha y de poder y, por ende, a otras políticas de disciplinamiento. En el Siglo XIX, bajo el lema “Gobernar es poblar”, el Estado argentino operaba ante un prominente avance de la inmigración. Fue en esas circunstancias que se diseñaron estrictos modelos de normalización para ser aplicados sobre los habitantes.

Para darnos una idea del tremendo impacto que tuvo este arribo de extranjeros a nuestro país, debido al llamado y la propaganda oficial, recordemos algunas cifras, las cuales nos facilitarán entender el fenómeno al que Gino Germani bautizó como sociedad aluvial, por haber tenido, en relación a la población nativa, la mayor proporción de ingreso de inmigrantes de toda América:

EVOLUCION DE HABITANTES EN ARGENTINA 1869-2001 ⁷

AÑO	CANTIDAD HABITANTES	NO NATIVOS
1869	1.737.000	
1895	4.000.000	25 %
1914	8.000.000	30 %
1947	16.000.000	15 %
1960	20.000.000	13 %
1970	23.300.000	9 %
1980	27.800.000	7 %
1991	32.600.000	5 %
2001	36.260.130	4 %

Notamos, en primer lugar, que Argentina, desde 1869 a 1947, multiplicó casi 10 veces la cantidad de sus habitantes, proporción muy elevada, y mucho mayor si se la compara en similar período con otros países receptores, como Estados Unidos, que la aumentó 4.2 veces, Brasil: 5.1, Chile: 2.7, para mencionar algunos. ⁸

Por otra parte, se generó una concentración asimétrica del asentamiento espacial de quienes llegaban, porque se les daban libertades que ni en sueños podían pretender en otras naciones, como la de elegir su lugar de residencia en el mismo centro político-económico del país: la ciudad de Buenos Aires. Esto produjo, entonces, que para 1914, en la Capital Federal, de un total de 1.500.000 habitantes, el 50 % fueran extranjeros y éstos representarían entre el 50% y el 70% de la población ocupada mayor de 14 años.

Estas cifras, como también se hace obvio en el gráfico de arriba, corresponden al punto de inflexión de un movimiento migratorio que, aunque muy significativo ya para el año 1880, no llenaba las expectativas de sus ideólogos, no tanto por la cantidad, sino por la “calidad” de la inmigración, que había sido anhelada procedente del norte de Europa, la cual se suponía más emprendedora y culta. A la vasta mayoría de la inmigración no se la consideró a la altura de las expectativas, por ser de ciudadanía española e italiana. Y aclaremos que, de ambas, fue sensiblemente superior, en número, la italiana.

Esta situación generó, ya a principios de los 70 del Siglo XIX, circunstancias que hicieron pensar y temer a la clase dominante por el desvío insospechado del proyecto de nación que había gestado originariamente, pero también por otras causas, lo que se ejemplifica de forma interesante en la siguiente cita:

“Al comenzar los años 80, Sarmiento fue uno de los más enérgicos en manifestar su disgusto ante un proceso que no seguía el rumbo prefijado. Particularmente irritada fue su reacción contra un congreso pedagógico italiano, que se anticipaba al argentino, reunido en Buenos Aires en 1881. ¿Qué era eso de querer educar “italianamente” a los hijos? (...) Las aprensiones que generaba la masiva presencia inmigratoria europea no concernían únicamente al problema de la identidad nacional o a la idea aludida de que las comunidades inmigrantes podían constituir potenciales quintas columnas en el territorio argentino para operaciones que amenazasen su integridad. Derivaban también de otra amenaza percibida por la elite social. Ésta las afectaba aun más directamente: era acerca de su misma supervivencia como elite, imaginariamente asediada por el ascenso social de algunos de entre la muchedumbre de extranjeros recién arribados”.⁹

Espero que lo hasta aquí citado, ayude a imaginar la multitud de componentes de toda índole que se amontonaban, a modo de rapsodias humanas y espirituales, en el seno de las ciudades argentinas más prominentes y que en la Capital Federal lograron brillar como un colosal calidoscopio. El sistema dominante sentía firmemente que debía corregir o redireccionar el curso de los acontecimientos.

Por ello, en el inicio del Siglo XX, sin rechazar la inmigración asistida o espontánea, como se refleja en las cifras ya mencionadas, se da un cambio al crearse un nuevo marco normativo para la construcción de la nacionalidad argentina, a través de tres vías fundamentales de normalización: el servicio militar obligatorio, la educación y la política, tratando de “refundir en una sola todas las razas que representen los individuos que vienen a sentarse al hogar del pueblo argentino”.¹⁰

Por ello, en el año 1902, con la nueva Ley de Residencia, se le daba un nuevo poder de discrecionalidad al Poder Ejecutivo, para impedir el ingreso y expulsar a los recién llegados sin fundamentación alguna, lo cual no estaba previsto por los Constituyentes del año 1853, quienes habían consagrado a todo habitante, es decir también a cualquier inmigrante, con iguales derechos que un ciudadano, lo que hacía casi imposible expulsar o rechazar a alguien.

Con este nuevo instrumento jurídico disciplinario, entraron en plena vigencia y ejecución, leyes, otras disposiciones y arreglos que fueron el brazo activo para normalizar en todos – especialmente niños y jóvenes hijos de inmigrantes-, un sentimiento y cultura de la argentinidad.

Esto se logró, en las escuelas: con la imposición de distintos ritos cívicos, como el izamiento a la bandera, los cantos patrióticos y toda una liturgia de la religión nacional; en la vida política: con la Ley Roque Sáenz Peña del voto secreto y obligatorio y la Ley de Residencia, ya citada.

Posteriormente, se alzaron las voces de siempre: las de aquellos que entendían que ahora, además, al inmigrante le faltaba refinamiento, en cuanto a modales y costumbres, en comparación con estándares locales muy relacionados a la clase más alta.

Como es sabido, la clases en ascenso regularmente desean imitar las modalidades de las clases a las que aspiran pertenecer, y fue a través de diferente medios, como por ejemplo periódicos y revistas -“El Hogar” ha sido paradigma de la época- que la clase alta les hizo notar a los inmigrantes y a sus hijos, todas las carencias económicas y sociales que aún tenían y las que se suponía debían corregir.

Se escondía así, seguramente, una táctica de lucha como es la de llevar al adversario a un terreno ajeno y móvil, donde se le hace imposible siquiera disciplinarse o acomodarse a regulaciones caprichosas. De esta manera, se echaba sobre ellos una disciplina mayor: la de hacerlos sentir continuamente menos, los siempre lejos del poder. Acorde con estas palabras, el documento del historiador:

“Un tema paralelo a los de nacionalizar a los inmigrantes y a sus hijos y de establecer un más férreo control sociopolítico sobre ellos fue el de civilizarlos. (...) En términos sociológicos se podría decir que buscaban lograr que la elite argentina se convirtiese en el grupo de referencia de la sociedad toda y de este modo se asegurase el proceso de disciplina social. (...) Aunque aquí emergían prontamente las contradicciones de propósitos: a la vez que se quería que los inmigrantes imitasen en sus gustos a los grupos dirigentes, se buscaba mantener la distancia y la jerarquía social señalando cuán poco preparados estaban para ello. (...) La ropa y los modales eran, con todo, los lugares donde más visiblemente se imponía un canon que era señalado como una meta que debía ser alcanzada por parte de las clases medias y medio altas de origen inmigratorio. (...) Pero las observaciones llegaban incluso hasta la ceremonia de los entierros: nada de esos colores negros y demasiados relucientes, en los “morenos enlutados”, en la tapicería, en los sombreros, en los caballos “lujuriantes” que acompañaban la ahora popularizada pompa italiana”.¹¹

No es mi interés poner en duda que, si se deseaba implementar un proyecto de nación exitoso, unos y otros, habitantes nativos e inmigrantes, en suma: todos, debían actuar necesariamente sobre la base de un interés común, objetivos semejantes, y que eso obligaba a desarrollar normas, planes y una propuesta de vida comunitaria merced a una gran voluntad de acción y esfuerzos compartidos. Pero hay que reconocer que entre este ideal -el cual hoy llamaríamos: multiculturalización- y lo puesto en marcha, existe un contraste muy considerable que es necesario señalar, y no se caería en ninguna temeridad si se llega a la conclusión de que para comprender la historia que vino después, y entender inclusive nuestra contemporaneidad, no se puede obviar este contexto local de disciplinamientos que son también una herencia que nos marca.

Autoritarismo e igualdad en la Argentina disciplinada

Transcurridos los años, se desarrolló una Argentina “plebeyo-populista e inmigrante”, en el decir de Guillermo O’Donnell, contra la cual la derecha, después de décadas, implementó una venganza histórica; su disciplinamiento por excelencia. Además, no puede dejarse de considerar –a mi entender- la imposibilidad de perpetrar (o la necesidad de posponer) dicho “ajuste de cuentas” en vida del jefe justicialista, aunque a no mucho de tener el campo libre, desaparecido Juan Domingo Perón, la derecha activó su furia en un período funesto de la Historia Argentina.

Pero seríamos inocentes si creyéramos que en marzo de 1976 se inauguró el autoritarismo en el país; o si sólo viéramos el lado autoritario que correspondió al régimen; o si pensáramos que el advenimiento de la democracia, en el año 1983, haría desaparecer los niveles de violencia colectiva:

“Para decirlo con todas las letras, creo –primero- que el problema de la consolidación y expansión de la democracia en la Argentina pasa tanto por el estado y la política como por la sociedad, y –segundo- que los obstáculos existentes en este último plano, aunque acentuados en forma brutal en la década del setenta, sobre todo a partir de 1970, vienen de mucho antes. Agrego, en tercer lugar, que todo parece indicar que los infortunios de la vida política argentina se han realizado con perversidad con las fuertes tendencias autoritarias existentes en la sociedad –incluso en la cultura- de nuestro país. (...) Creo que uno de los problemas ha sido que muchos argentinos (entre los que me incluyo) hemos cometido un error en el que los clásicos (incluyendo cabezas tan diferentes como Hobbes y Tocqueville) no incurrieron: no caer en la cuenta de que, como la nuestra (al menos hasta 1976), una sociedad puede ser en comparación bastante igualitaria (desde el trato personal y entre clases hasta en la distribución del ingreso) y, a la vez muy autoritaria. Desde que la derecha se quedó sin votos pero conservó el control de la tierra pampeana, de numerosos circuitos financieros y de un notable (tanto por su fuerza como

por su extemporaneidad) prestigio cultural, nuestro país siguió un agitado camino de igualdad social. Primero con el radicalismo y más tarde con el peronismo, ambos acompañados por mil procesos sociales concomitantes, la Argentina había llegado en la primera mitad de la década del setenta a un grado (comparativamente, al menos) notable de igualdad social”.¹²

En una nota al pie de la cita inmediatamente anterior, Guillermo O’Donnell señala que desde 1976 rudos militares y elegantes economistas van a coincidir, y no por cierto accidentalmente, en el propósito que el autor relaciona estrechamente con los avances del autoritarismo en la sociedad: “de poner a todo el mundo en su lugar”, como el profesor recuerda haber oído en una memorable pelea familiar y agrega: “Es decir, los de “arriba” sabían todo lo que había que hacer y mandaban; los de “abajo” –desde niños hasta trabajadores-, abajo obedecían sin chistar, y los del medio, en su eterna esquizofrenia de mandar y obedecer, tenían claro a quién obedecer y a quién mandar, y –“modernización económica” mediante- deslumbrados con cuanto gadget se importaba y con la admiración del estilo de vida oligárquico –suntuoso y fariseo- que los medios de comunicación se esmeraban en transmitir”.¹³

Haciendo un breve resumen de lo analizado hasta ahora:

1) Podemos analizar las relaciones de poder y las luchas que se dan en su seno, con la esperanza de acercarnos más a la verdad.

2) Desde fines del Siglo XVIII se impone una sociedad disciplinaria mundial, la que dio nacimiento a ciencias funcionales a ella.

3) A nivel nacional, el fenómeno de la “Argentina aluvial” impulsó a las clases dominantes –siempre cercanas o dentro del poder estatal- a imponer reglas férreas para normalizar política, cívica y socialmente a la sociedad argentina.

4) Después de la aparición y subsistencia, por muchas décadas, de una Argentina igualitaria, los autoritarismos sociales, nunca expulsados, llevaron a su grupo militar a ejecutar una represión sistemática y profunda que no olvidó penetrar capilarmente la sociedad, implantarle una brutal normatividad y desnivelar lo mucho que de igualitario gozaba.

Pareciera –dicho suavemente- que el grito de “Libertad, Igualdad y Fraternidad”, desde la Revolución Francesa en adelante, puesto en obra en el mundo por la liberación de tantas naciones y pueblos, no inhabilitaron la aparición de fieros actos de dominación, adecuados a los nuevos tiempos, en la forma de un régimen de vigilancia permanente que quiso asegurarse, no sólo que la libertad concedida no lo perjudicara, sino además que hubiera la posibilidad de controlar y normalizar las vidas en un mundo que devino finalmente “libre, igualitario y fraterno”, pero tan sólo en apariencia.

En nuestro caso, seguimos transitando –en gran parte- por una democracia meramente formal, en la cual deben reclamarse las verdades sustantivas que le faltan; las que estamos obligados a recrear individual y colectivamente, con un “darnos cuenta” de lo que O’Donnell advierte a través del texto que sigue, escrito en el año 1984, y vuelto a publicar, con su revisión de 1997:

“Podemos fugarnos una vez más, colocando en “ellos” toda la responsabilidad de lo que ocurrió y de lo que ahora hay por hacer. (...) Pero siendo todo esto cierto, insisto en mi argumento: desde hace tiempo somos, y últimamente más aún, una sociedad en exceso autoritaria, antagónica, intolerante, llena de minidespotismos y en particular propensa –como podría volver a ocurrir, si todo lo desplazamos hacia “ellos”- a explicaciones paranoides de nuestros infortunios. En el combate microscópico de esas tendencias, en la lucha tesonera de ciudadanos democráticos que lo son también en sus microcontextos y en la recontextualización del inmenso potencial igualitario y autoconsciente de la sociedad argentina – incluso y en especial de su sector popular- se juega, al igual que en otros planos más visibles, el inmenso desafío que hoy confrontamos”.¹⁴

Este desafío y llamamiento a todos, donde es imprescindible que la sociedad argentina vuelva a “encarnar un sistema de valores” (cultura, según Malraux), está dirigido a cada ciudadano y ciudadana, en tanto sea auto-conciente del repertorio de valores –hoy muy menguado- que antes se supo reproducir de manera fructífera.

Para el sujeto disciplinado este proyecto de esperanza requiere ver, y aun más, enfrentar a ciertos enemigos internos, porque apela a una toma de conciencia y compromiso.

El sujeto disciplinado y el compromiso por delante

La formación de una subjetividad, como ese “modo de estar en el mundo, donde cada cual recorta y privilegia según la infinidad de estímulos que recibe y procesa de acuerdo a las orientaciones de los intereses externos que le informan o desinforman”¹⁵, en este contexto reglado por estas sociedades disciplinarias, no deja otra alternativa que moldear sujetos con existencias achatadas, o como también se las denominó: subjetividades aplanadas.

Así nos encontramos asaltados en nuestro ser por discapacidades adquiridas, y vivimos la parodia de actuar la incoherencia de criticar a otros por las mismas cosas que hacemos. Por tal circunstancia, no es fácil desarrollar un sentido crítico en esta sociedad arrasadora de las libertades esenciales del sujeto y que, además, lo condiciona para que no se pregunte: “¿Quién estoy siendo?” y ni se le ocurra evaluar: “Si puede pensar lo que sabe”¹⁶; y agrego, también, si puede pensar: qué hace con lo que sabe. No debe haber dudas: nuestras subjetividades son plásticas, muchas veces moldeada por otros y con nuestra aquiescencia:

“Entonces, nuestras subjetividades están flanqueadas por estímulos diarios, novedosos, de índole política que nos conducen a preguntarnos si nuestros pensamientos estarán lo suficientemente desligados del sello de la marcación que adquirimos reproduciendo lo aprendido por las diferentes conquistas, fundamentalmente la conquista y colonización intelectual de las cuales provenimos”.¹⁷

Estos conceptos no intentan reivindicar a quienes les fascina la queja constante y pasar por víctimas, pero en realidad lo único que les perturba es no poder alcanzar el lugar económico-social prominente de sus presuntos victimarios.

Reiteramos los errores por no comprender nuestro tiempo -no el cronológico- sino el “momento presente determinado por una calidad y un estado de conciencia que le imprimen un sentido y no otro”, período en el cual “cada generación propone acerca de qué tema y de qué situación habrá de debatir (qué líneas teóricas querrá cuestionar y cuáles preservará) según sea lo que en cada época se admita como inamovible o canjeable, sustituible y desechable”.¹⁸

Transitaremos a otras relaciones de poder, que habilitarán nuevas y mejores prácticas políticas, en tanto provoquemos: a) una gran presión sobre esas “marcaciones” en nuestras subjetividades y b) los debates suficientes que inauguren otras miradas sobre todo lo que fue entronizado como inamovible, cuando no merece tal categoría. Es en esa lucha en paz, que cada uno tiene su compromiso y una responsabilidad ineludible.

No debe sorprender que esta lucha sea constante, pues, además, los regímenes dominantes siempre inventan salidas artificiales para perpetuarse en el poder, por la simple razón de que ninguna clase quiere suicidarse. No podemos ser inocentes ante su propaganda -infantilizante al fin- orientada a distraer, intimidar, desmerecer, invisibilizar, falsificar, etc..., en todo aquello que les sea útil para permanecer y continuar con sus negocios en el poder. En definitiva, los recursos y la riqueza siempre convocan la codicia humana, y es sensato prepararnos para defender lo que tiene un destino de usurpación.

Por ejemplo, hace meses, desde la presidencia se hace circular, en todo anuncio oficial, -que no son pocos- el lema: “Argentina, un país en serio”. Estamos ante una expresión de deseo transmutada en afirmación categórica, que ninguna evidencia concreta puede sustentar. Esto es una perversión del valor de ciertas palabras que conllevan ideas e imaginarios importantes los cuales debemos proteger. Revaloricemos pues estas tres en particular.

Porque hoy, la **Argentina** (palabra 1), donde se sufren grandes tasas de indigencia y pobreza, sobre la cual se han intentado mínimas reformas institucionales, la que tiene un presidente que no da explicaciones, como las que debiera que dar referentes a los fondos provinciales atesorados en el exterior, aún no repatriados; país en el cual saqueadores impunes tuvieron mucho que ver con nuestro default, el más grande de la historia mundial, el que tendría que avergonzarnos –y no nos avergüenza-; país en donde la prensa está amordazada por el altísimo presupuesto que le asignan en concepto de propaganda oficial; país de cartoneros sin trabajo y gente revolviendo la basura; el del asistencialismo clientelista y el del Parlamento actual que no legisla; el de los avatares -donde no hay partido, ni clase política ajenas al fracaso-, y en el que por una extraña alquimia digna de estudio, el partido justicialista ha quedado aparentemente fortalecido, como partido único, a expensas de haber deteriorado la calidad democrática de la nación.

La Argentina “seria” es mirada con enorme desconfianza en el mundo, por quienes observan cautelosamente más allá de las alzas del PBI, cifras que por sí mismas no debieran encandilar el juicio; más si se recuerdan épocas semejantes, donde se creyó que la evaluación de la realidad podía resumirse a la consulta de índices del mercado económico-financiero, despreciando un análisis profundo e integral.

Digámoslo con todas las letras: nuestro **país** (palabra 2) todavía no es **serio** (palabra 3), y aún le falta mucho para cumplir un proyecto de nación que enorgullezca. En estas condiciones, si no cambiamos, tarde o temprano, cosecharemos los nuevos escándalos que vendrán por insistirse con un exitismo superficial reactivado, hoy, por quienes sólo analizan los signos de los mercados, como si una nación pudiera reducirse a la condición exclusiva de banco o financiera.

A mérito de honrar conceptos ya vertidos, respecto a pensar lo que somos, lo que hacemos, y en cuanto a lo primordial de orientarnos colectivamente a la formación de subjetividades ricas y diversas, tenemos por delante la tarea de fomentar toda actividad que nos reanime los espíritus agarrotados, por medio de una gran “revuelta” pacífica que nos restituya los valores de “la sabiduría, la que fue reemplazada primero por el conocimiento hasta que éste tuvo que dejarle paso a la era de la información, la cual yace ante el mundo de la imagen”.¹⁹

Encontrar ese camino de retorno, es una de las grandes cuestiones pendientes, una meta válida para toda persona de bien.

Se esbozó aquí el cruce entre los siguientes temas: la sociedad y sistemas disciplinarios, la formación de la subjetividad y –como puerta de emergencia- la necesidad de dedicarnos a comprender, en una época de crisis de sentido, en la cual casualmente ha decaído la confianza por la búsqueda generosa de la verdad.

Entre tanto, es vital la comprensión de nuestra diversidad, de nuestra historia, de nuestra cultura y sistema de valores morales y de las sofisticadas formas en que se quiebra el pacto social. También necesitamos comprender en profundidad los procesos que ayudarán a expulsar y a desarrollar lo peor y mejor que tenemos en nuestra sociedad.

En carácter de argentinos, caer en la desesperanza general, no dedicarnos con urgencia a comprender nuestra realidad, por creernos signados por lo fatal, como si nunca pudiéramos realizar sanos proyectos societarios que nos devuelvan el encanto de una vida sana y pacífica, sería indigno para quienes desean ser actores intensos de su contemporaneidad.

Referencias

- 1- “De la historia a la acción”, Hanna Arendt, Paidós, Barcelona 1995, p.46. Según se cita en “Propuesta Ético-Política de Hannah Arendt”, Sissi Cano Cabildo, Primeras Jornadas Internacionales de Ética “No matarás” - Facultad de Filosofía, Historia y Letras- <http://www.salvador.edu.ar/vrid/publicaciones/revista/ccabildo.htm> - Universidad del Salvador - Buenos Aires, Mayo 2000
- 2- [...men have entered into a desire of learning and knowledge, sometimes upon a natural curiosity and inquisitive appetite; sometimes to entertain their minds with variety and delight; sometimes for ornament and reputation, and sometimes to enable them to victory of wit and contradiction; and most time for lucre and profession; and seldom sincerely to give a true account of their gift of reason, to the benefit and use of men. Francis Bacon, “The advancement of learning” 1605, Libro 1, Cap IV, Sección 11 – Edición de G.W. Kitchin's, 1861] - <http://www.darkwing.uoregon.edu/~rbear/adv1.htm>
- 3- De “La verdad y las formas jurídicas”, Michel Foucault, Primera Conferencia, Pág. 10, Cinco conferencias, dictadas en la Universidad de Río de Janeiro entre los días 21 y 25 de mayo de 1973. <http://www.inicia.es> (Documento .pdf de un total de 68 páginas)
- 4- Ob. citada, Segunda Conferencia, Pág. 20
- 5- Ob. citada, Quinta Conferencia, Pág. 63
- 6- Ob. citada, Quinta Conferencia, Pág. 66
- 7 y 8- Tabla según datos aparecidos en: "Sociedad y Estado en la Argentina: el impacto inmigratorio", Ema Cibotti, Buenos Aires 2004, Curso “El Poder, la Verdad y la Cuestión del Otro”, Págs. 2-5.
- 9- “Historia de la Inmigración en La Argentina”, Fernando Devoto, Sudamericana 2004, Págs. 255, 258.
- 10- Ob. citada, Pág. 277.
- 11- Ob. citada, Págs. 287 y 288.
- 12 y13- “Contrapuntos” “Democracia en la Argentina" Micro y macro”, Guillermo O’Donnell, Paidós 2004, Págs. 143 y 144
- 14- Ob. citada, Pág. 146.
- 15- “Subjetividad y Política”, Eva Giberti, Curso: “El Poder, la Verdad y la Cuestión del Otro”, Instituto Hannah Arendt, 2004
- 16 y 17- “Subjetividad y Política”, Eva Giberti, Instituto Hannah Arendt, 2004, Pág. 2.
- 18- “Devastaciones selectivas ancladas en el *Kairos* y en las políticas de apego”, Eva Giberti, en “Revista Psicología y Psicoterapia de Grupo”, Año 2003.
- 19- Elisa Carrió, del Discurso en Teatro Coliseo, Noviembre de 2004.